

ningún servicio, y me era simpática hasta el punto de defenderla con tanta elocuencia. ¿Había yo tratado de protegerla, de serle agradable, por amor al bien tan sólo? No, si tenía amor á lo bello, no había sentido hasta entonces lo que se llama amor al bien.

Las diversas personas de que tan largamente he hablado, y que llamaba Sabran Pompadour, Tencín y Averno, me inspiraban una mortal envidia. La recién venida era evidentemente superior á ellas, por su belleza, por su lujo, por su fortuna.

¿Por qué, en vez de detestarla como á las otras ó más aún, me siento arrastrada hacia ella? ¡Ah! Es que, lo veo bien claro, participa del mismo odio que yo. Tiene envidia también á esas mujeres.

¿Pero qué la envidia? Su posición en el mundo, la consideración de que gozan, su virtud, que yo he tenido ocasión de conocer y comprobar. No he podido descubrir en éstas ningún defecto, y me son odiosas. En la otra, por el contrario, adivino un vicio que la hace empequeñecer, la aproxima á mí, la rebaja al nivel mío y por esto me es simpática.

¿Qué vicio es ese que la redime? ¿Cuál esa tacha, ese defecto? Antes de una hora tendré ideas sobre ese particular.

XXI

¿A quién me dirigiré para saber algo? ¿A algún doméstico ó á algún subalterno?

Nunca.

Desde hace seis semanas, hay ciertas relaciones establecidas entre los huéspedes del hotel y yo. Nocé, Rigaud, Beringhen, han recurrido á mí diferentes veces. Me saludan cuando pasan por el vestíbulo, y en muchas ocasiones se detienen para hablar conmigo, preguntarme noticias sobre alguna persona que llega, ó para pedirme mi parecer sobre cualquier paseo de las cercanías. Puedo, á mi vez, interrogarles discretamente acerca de los señores de Vitel y rogarles que me digan la causa de la desgracia que parece perseguir á mis nuevos huéspedes.

Son las ocho. Esos señores acaban de levantarse de la mesa y pueden perder algunos momentos antes de hacer visitas ó marcharse al Casino. Han encendido sus cigarros y conversan en el vestíbulo. Si tuviese alguno la

buena idea de dirigirse hacia aquí, sabría, con toda seguridad, sacarle esas confianzas. Es la hora mejor para las conversaciones ligeras y las confianzas.

Pero nadie piensa en mí, y no puedo ni acercarme á ellos ni llamarlos.

¡Ah! Saint-Simon se aproxima. ¡Me he salvado! ¿Cómo no había pensado antes en él? Cuando le puse el nombre del gran cronista del siglo diez y ocho, ¿no le creía al corriente de todas las noticias, de todos los escándalos?

Ya está aquí. ¿Cómo obtener de él los informes que deseo, sin que aparente ser excesivamente curiosa? ¡Bah! Lo pareceré y no perderé nada para él.

—Señorita—me dijo, después de haberse quitado el sombrero y de apoyarse en el mostrador,—vengo á pedir os un favor.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Recordaréis que cuando llegué me ofrecisteis que tendría un cuarto en el primer piso. En estos quince días ha venido mucha gente, y no me ha parecido oportuno recordaros vuestra promesa. ¿Seríais tan amable, si os fuese posible, que me...

Encontraba ocasión de hablar de los señores de Vitel, y con tono sentimental, dije:

—¡Ah, señor! ayer mismo hubiese sido su-

mamente fácil hacer lo que deseáis! Pero hoy está ocupado el departamento mayor de ese piso.

—No hablo de él—replicó Saint-Simon.— Mi fortuna no me permite pensar en él. Deseo tan sólo una ó dos piezas; una en rigor, del género de la que ocupo en el piso segundo.

—Lo comprendo, pero no tengo ni una sola. Los recién llegados, no contentos con el cuarto de que hablaba, han tomado las demás habitaciones que teníamos, para colocar en ellas á los domésticos que traen y que desean tener cerca.

El señor de Saint-Simon aspiró una ó dos bocanadas de humo de su cigarro, que por política había tenido en la mano sin fumar, y me dijo:

—De modo que la estancia de los señores de Vitel en las Rocas Negras es lo único que me impide bajarme al primer piso.

—Sí.

—Entonces estoy tranquilo; mañana, lo más tarde, tendréis un cuarto para mí, señorita; estoy seguro de ello.

—No os comprendo. ¿Qué queréis decir?

—Que mañana vuestros nuevos huéspedes dejarán el hotel.

—¿Qué me decís? ¿Quiéren ya marcharse.

después de habernos causado tanta molestia su instalación?

—No es que ellos quieran marcharse—replicó Saint-Simon,—seréis vos misma quien les pedirá que se vayan.

—¿Y por qué?

—Para evitar que la mayor parte de los demás huéspedes os dejen. Hablo de las señoras, mis amigos y yo nos quedaríamos. La presencia de la señora Vitel no nos incomoda en nada; al contrario, ver á una mujer bonita es siempre agradable. Y su marido ocupa tan bien su puesto, y sería tan fácil hacérsele ocupar, en caso de que se familiarizase algo, que no nos inquieta en lo más mínimo.

Me callé, afectando no entender ni una palabra, y fingí tan bien el asombro y hasta el idiotismo, que Saint-Simon continuó diciendo:

—Siento daros estas noticias; pero el interés propio me obliga á ser tan cruel. No hay que dudarlo, mañana tendréis á mi disposición, ó los cuartos que á más del suyo ha tomado la señora Vitel, ó cualesquiera otros que quedarán desocupados por culpa de ella.

Por fin tomé la palabra:

—Por lo que comprendo—exclamé, y mi voz parecía conmovida,—la presencia de los

señores de Vitel en nuestro hotel es motivo de disgusto.

—Casi, casi.

—¡Es atroz! Pues qué, ese señor y esa señora, ¿no están casados?

—Al contrario, de los más casados y ante muchos testigos.

—Entonces—observé,—¿qué puede reprochárseles?

Había pronunciado estas palabras con tanta inocencia, que estuve á punto de traspasar el objeto que me había propuesto. Saint-Simon debió preguntarse un instante si no tenía ante sí la inocencia personificada y si haría mal en no respetar mi ignorancia. Comprendí felizmente lo que por él pasaba, y me apresuré á decirle:

—¿Deja algo que desear la conducta de esa señora?

—Así se dice, por más que no se tienen pruebas de ello—replicó Saint-Simon.

—¿Habría sido mal adquirida la fortuna de su marido?

—Muchas personas lo aseguran; pero les sería muy difícil hacer que se sepa el origen de ella.

—A fe mía, señor—exclamé,—tenéis una manera tan picante de decir las cosas, que ex-

citáis mi curiosidad. Si me atreviese, os pediría algunos detalles acerca de los personajes de que hablamos. Estando amenazada por su causa de ver desierto mi hotel, desearía, como comprenderéis, enterarme de su vida.

—¡Oh, enterarse! no me puedo encargar de ello; las tinieblas que les rodean son muy espesas. Únicamente puedo deciros, no lo que haya de cierto, que eso no lo garantizo yo, sino lo que todo el mundo repite.

El cigarro de Saint-Simon se había apagado, me apresuré á darle una cerilla, para que mi cronista pudiese satisfacer su vicio favorito, y no tuviese el pensamiento de marcharse. Aceptó el fuego con júbilo, y puesto su sombrero hongo, apoyada la rodilla en una silla, el cuerpo recostado en mi mesa de despacho, en la postura familiar de un hombre que honra á alguien con su conversación sin hacerle una visita seria, me dió las siguientes noticias, que de memoria transcribo.

XXII

Armando Vitel estaba clasificado hace cinco ó seis años entre los pintores de segundo ó tercer orden. Sin embargo, su nombre sobresalía entre ellos, sabía darle valor. Periodistas amables con quienes había tenido el talento de intimidar, hablaban continuamente de él; comerciantes de cuadros á quienes adulaba con destreza, accedían á colocar cuadros suyos en sus escaparates, ó por la noche, en plena luz, en el centro de sus almacenes; en fin, había tenido la idea de reunir lo que él llamaba pomposamente sus obras, en un local destinado á ese género de exposiciones é invitar al público á admirarlos mediante el pago de una peseta. El público se manifestó rebelde á tales insinuaciones, los periódicos le pusieron en ridículo, pero París se ocupó de él durante una semana; era todo lo que deseaba.

Un día se le vió renunciar bruscamente á la pintura. Hablaba en un café de la dificultad que sufren los artistas en hallar modelos.

cuando uno de sus amigos le dijo: «¿Necesitáis ahora un hombre ó una mujer?—Una mujer.—¿Es preciso que sea bonita?—Todo lo más que se pueda.—¿Joven?—Mucho.—¿Rubia ó morena?—Rubia.—Tengo lo que deseáis.—Bueno; ¿y dónde está esa pájara?—En la calle de Lyon.—¿Número?—No lo sé; es una casa amueblada, á la derecha viniendo del boulevard.—¿Y su nombre?—Lo ignoro también. He visto ayer á la persona en cuestión, en una de las ventanas del primer piso; me ha deslumbrado su belleza, y más aún el matiz de sus cabellos, que tiene algo de divino. No soy pintor y tuve que contentarme con admirarla desde lejos; y os hago participe de mi descubrimiento, por si os puede ser útil.—Os lo agradezco; pero admitiendo que encuentre á vuestra rubia, es poco probable que consienta en ponerse delante de mí.—¡Bahl siempre pondrá su cara, si se lo rogáis; una mujer no niega nunca ese favor á un artista.»

Armando Vitel que, en efecto, andada en busca de una rubia para un cuadro que le habían pedido para América, aprovechó los informes de su amigo, halló la casa indicada, y con su atrevimiento ordinario se presentó en la habitación del primer piso.

Estaba ocupado por una señora vieja y una

hija suya, italianas, que habían llegado á París desde Venecia hacía pocos días. La madre venía sin duda á Francia en busca de fortuna, como muchas extranjeras; acogió bastante bien al pintor, que pagado de su cara, supo aprovecharse para hacerse agradable. Por su parte, la joven se sintió atraída hacia aquel parisién, de traje elegante y charla agradable, hacia el artista que se titulaba el primer pintor de su época, y que en su ignorancia, le creía bajo su palabra.

Tres meses después de su primer visita á la calle de Lyon, Armando Vitel se casaba con Lucrecia Mosto, y las personas convidadas, al ver la recién casada, quedaron prendadas de su belleza.

Los demás artistas trataron de adquirir informes acerca de la hermosa veneciana, porque su marido no era hablador, y no daba ninguno. Escribieron á los compañeros que pintaban por entonces los frescos de la iglesia de San Marcos, y se supo por ellos que Lucrecia Mosto no poseía bienes de fortuna, que era de oscuro nacimiento, pero que nadie hablaba mal de ella.

No había motivo para burlarse del pintor por haberse casado á gusto de su corazón; hasta se le felicitaba por haber puesto el amor

por encima del dinero, cuando un día se supo en París que los señores de Vitel estaban construyendo un hotel, que valdría dos millones de francos, en la avenida de la Emperatriz.

Cuando sus amigos le preguntaron acerca de esa fortuna tan repentina como inesperada, el señor de Vitel no supo mentir con descaro. En vez de inventar una de esas fábulas, groseras tal vez, pero que no se debe alterar nunca, para que se hagan creíbles, á fuerza de repetir las sin cesar, inventó una porción de historias, llenas de contradicciones. Empezó por decir que aquel hotel no se construía por su cuenta; que era el mandatario de un extranjero inmensamente rico que le había confiado sus intereses. Pero una vez construído y amueblado el hotel, no se vió nunca en él al opulento extranjero. Los señores de Vitel siguieron representándole tan á conciencia, que se instalaron en la nueva morada y desplegaron un lujo asiático. Las cuadras que, según los arquitectos, debían haber costado más de trescientos mil francos, fueron ocupadas por una veintena de caballos, muchos de los cuales causaban la admiración de los inteligentes en *sport*. Las cocheras albergaron carruajes de todas clases y formas, verdaderas obras maestras en su género, comprados á los mejores

constructores de París y de Londres. Quince domésticos estaban encargados del servicio. Lucrecia tenía su cochero, como el señor de Vitel tenía el suyo, y las malas lenguas contaban que el de la señora, por un pudor acaso exagerado, se negó siempre obstinadamente á conducir á su señor.

En cuanto al hotel, los que pudieron entrar en él quedaron extasiados ante su riqueza. Era, según éstos, un verdadero palacio digno de alojar á un soberano, y no sabían qué admirar más, si su estilo y la elegancia y riqueza de su adorno, ó los objetos de arte esparcidos con profusión en galerías y salones.

Obligado á renunciar á su invisible extranjero, Vitel dió otras versiones apropiadas al carácter de las personas que le interrogaban.

Ya había jugado en las estaciones balnearias con suerte tan decidida, que había copado varias bancas. Ese cuento, repetido de boca en boca, entretuvo por un rato á la sociedad parisién. A las bancas de Alemania no se les copa sin meter ruido, y aprovechan hasta esas desgracias para que les sirva de reclamo, y volver á atrapar en detalle, lo que habían perdido en junto; y desde hacía dos años, ni Bادن, ni Hamburgo, ni Wiesbaden, ni Spase, habían tenido noticias en los periódicos de

que hubiesen ocurrido desgracias de esa especie. Los hermanos Blanc, Davelonis y Vaghata, interrogados por algunas personas sobre eso, llegaron hasta decir que los señores de Vitel se habían limitado á pasar por sus salones y habían dejado allí su dinero en vez de llevarse el de la banca.

Otras veces el rico de nuevo cuño afirmaba haber jugado en Bolsa, por su cuenta, por medio de intermediarios y haber ganado sumas considerables. Esta fábula, más creíble que la anterior, no tuvo tampoco éxito... sobre todo en Bolsa y entre los *zurupetos* que, con respecto á malicia, no necesitan aprender nada.

Cansados de ambas fábulas, hablaron los de Vitel de herencia, de donación *intervivos*, de misteriosos protectores, de minas en Australia, etc. En fin, como á nadie habían convencido, en vez de pasar el tiempo en explicar el origen de su fortuna, se decidieron á gozar tranquilamente de ella, con una filosofía verdaderamente estóica.

Compraron, para pasar en ella el verano, una de las más hermosas posesiones de Normandía, el Bosque Grande. En el invierno se dejaban ver todos los días en el lago en su carruaje respectivo, si no respetado. Tuvieron palco en el teatro de la Opera y en el de los

Italianos; dieron comidas de hombres solos, servidas con gran lujo, y algunas fiestas donde no se vieron nunca más de dos ó tres señoras, poco notables, de mediana posición ó desconocidas.

Pero aunque ellos hubiesen renunciado á hablar de los orígenes de su fortuna, muchas personas no dejaban de ocuparse de ellos. Si en el Africa Central algunos exploradores, por amor á la ciencia, se habían empeñado en descubrir el nacimiento del Nilo, en París, muchos desocupados, por distraer á sus amigos, han emprendido la tarea de remontarse hasta las fuentes originarias de todas las fortunas. Su punto de partida era el siguiente: Antes de su matrimonio, Armando Vitel ocupaba en las alturas de Montmartre una habitación que costaba ochocientas pesetas, compuesta de una alcoba y un estudio de pintor. Vendía sus cuadros con dificultad, y le perseguían los acreedores. Lucrecia Mosto, por su parte, después de haber vivido en Venecia lo más modestamente posible, había llegado á París confiando en su buena estrella, y rica en esperanzas, pero con el bolsillo ligero y las maletas casi vacías.

El punto de llegada no guardaba relación con el de partida. Al cabo de tres años de su

matrimonio, los nuevos esposos poseían una hacienda en Calvados, hotel en París, incalculables valores en cartera, y gastaban anualmente de cuatrocientos á quinientos mil francos.

¿Qué había pasado entre la partida y la llegada? ¿Qué misterio pesaba sobre la existencia del marido y de la mujer? Los exploradores de que hemos hablado le buscaban con cuidado, entregándose á investigaciones indiscretas, traspasaron el muro de la vida privada, no descubrieron nada... y todavía no han podido saber nada de cierto.

Los señores de Vitel se dan una vida espléndida, hasta fastuosa, pero no tiene nada de ruidosa. No hieren públicamente pudor alguno, parece que forman un buen matrimonio, y casi no se separan uno de otro. De cuando en cuando la hermosa veneciana hace, según dicen, un viaje á Rusia. Su marido la lleva á la frontera, la espera allí algunos días, y la vuelve á traer á París. Y este viaje á la frontera, no se ha podido aclarar bien, y los gobiernos no se pueden mezclar en eso.

Teniendo en cuenta su gran fortuna, acaso se hubiese perdonado á los de Vitel cualquier falta descubierta en su pasado ó en su presente, aunque hubiese sido un crimen comprobado y clasificado entre los que se llaman or-

dinarios; pero esas tinieblas que les rodea estimulan el deseo de saber, enervan, irritan á los parisienses. Cuando no se sabe nada, se cree cualquiera con el derecho de suponerlo todo... y se supone todo, en efecto. Por eso parece ser que les ha puesto la proa la sociedad, y el hotel de las Rocas Negras, donde han venido á parar, está amenazado con perder la mayor parte de sus huéspedes.

Tal fué la triste conclusión que Saint-Simon se creyó en el caso de sacar como consecuencia de su relación. Le dí las gracias, no por sus pronósticos, sino por sus informes. Le prometí darle el primer cuarto que hubiese vacante en el primer piso, y me dejó para marcharse al Casino, á hablar mal, en otra forma, de los señores de Vitel.

A las once me retiré á mi habitación. Quería, á solas, pensar en las confidencias que acababan de hacerme, y tratar de descubrir, á mi vez, las famosas fuentes inútilmente buscadas hasta entonces.

Estaba yo, lo confieso, muy preocupada, nadie se asombrará de ello, pero de ningún modo escandalizada, lo cual es más extraño. Porque á pesar de mi inteligencia viva, mi imaginación soñadora, mis viajes, mi existencia tan poco ordenada, la mala educación que

he recibido, mis funciones del momento, que no tienen nada de elevadas, y hasta de mis instintos, convengo en ello, se me debe tomar por una chica honrada, y no tengo sobre mi conciencia ninguna falta grave. Desde que he adquirido datos sobre la vida de los de Vitel, deberían inspirarme la antipatía que causan á las gentes honradas. No es así: aquella noche, después de mi conversación con Saint-Simon, me fué tan simpática Lucrecia Vitel como en el momento de llegar.

XXIII

A las diez de la mañana del día siguiente, Victoria vino á decirme que subiese á la habitación de su señora. La seguí, y me introdujo en el tocador donde tuve el día antes mi primera entrevista con la señora Vitel.

Envuelta en un ancho peinador blanco de muselina de la China, guarnecido de encajes de punto de Alençon, estaba sentada en una silla baja, cerca de la ventana que estaba abierta. Sus cabellos sueltos, como si hiciesen

ostentación de ello, caían por delante y por detrás de su cara, cubriendo pecho y espaldas hasta la cintura. Parecía estar cubierta con un velo de hilillo de oro.

Sonrióse al verme, y me dijo:

—Dispensadme, señorita, que os reciba en este traje. Apenas si podréis verme, y me es muy difícil distinguir vuestras facciones, pero tengo necesidad de aprovechar el sol para secarme.

—¿Secaros?—repetí sin comprenderla.

—Sí; para que se sequen los cabellos, preparados según mi receta. Esta ocupación me ha hecho acordarme de que os había prometido daros esas célebres recetas, y os he rogado que subáis para dároslas. Las he copiado para vos.

Se levantó, extendió el brazo hacia su tocador, cogió un sobre cerrado y me lo dió.

Comprendí fácilmente por su peso, que no debía encerrar sólo unas cuantas líneas escritas; pero di las gracias sin hacer observación ninguna. Pero creer yo que me había llamado con el objeto único de darme aquel sobre, me era imposible. Lucrecia Vitel deseaba evidentemente hablarme de algo que atormentaba su corazón, pero confiaba en extraviar mi juicio, no abordando demasiado pronto el objeto

principal. Empezó, pues, hablando como si no se tratase de ocuparnos más que de *l'arte bion deggiate*.

—No dejéis de notar, que me sujeto en un todo á los antiguos usos de mi país. Uno de nuestros autores, *Cesare Vicellio*, dice que en los tejados de las casas de Venecia había azoteas al aire libre y una caseta de madera en ellas, donde las señoras venecianas se refugiaban en las horas más calurosas del día. Envueltas en un peinador de seda, de deslumbrante blancura, que llamaban «*schiavonetto*,» y la cabeza cubierta con un sombrero de paja, sin copa, designado con el nombre de *solana*, por la abertura de la cual pasaban los cabellos, bañaban una vez y otra sus largas trenzas con una esponja empapada en una mezcla dispuesta por ellas, y los exponían en seguida á los rayos más fuertes del sol. Hacerse rubia se había convertido en un arte. Cuanto más negros eran los cabellos, más empeño ponían en darles uno de los tres matices más apreciados entonces; el rubio fuerte, *rustilus*, el rubio dorado, de pantera ó hispano-árabe, de reflejos metálicos, y el rubio suave, melífero, casi blanco. Todos los poetas cantaban aquellas metamorfosis y estaban de acuerdo en encomiar los contrastes que producían.

La palabra de la señora Vitel era breve, sus labios temblaban, su mirada estaba inquieta. Hablaba evidentemente sin convicción ninguna del rubio *rustilus* y de los poetas, pero sin duda, no había llegado el momento oportuno; yo lo comprendí, y para no desagradarla discutí con ella sobre el rubio, y repliqué:

—Me causáis verdadero asombro, señora. Hasta ahora había creído que todas las trenzas doradas reproducidas por los pintores de vuestro país, Carpaccio, Ticiano y el Veronés, eran naturales y no debían nada á las recetas que habéis tenido la bondad de darme.

—Estabais en un error—replicó la señora Vitel, que hacía un instante había separado un poco sus cabellos, dejando entrever su precioso semblante.—Las rubias naturales, *maravillas de la Naturaleza*, como las llamaban, fueron en todo tiempo muy escasas en Venecia. Se contaban: María Loredan, «bello tesoro, cuya beldad es tan grande, que Venecia parece que vale más porque la posee,» decía Nicolò Franco; Elena Barrezza, Laura Grimani, Marina Morosini, Lucrecia Pesáro, «cisnes blancos, vírgenes con alas, sobresaldrían hasta en el Paraíso;» Marietta Veniora, Marietta Pisané, «las dos aves Fenix de la ciudad;» Catalina Lacca y Vidante Provana, «el oro de

las cuales, siempre, según dice Franco, quisiera tener el brillo de sus cabellos;» la condesa de Sala, encomiada por el Tasso. «Lleva, dice este poeta, una corona de cabellos de oro, el ornamento más divino que puede adornar la frente de mujer.»

—¡Qué erudición, señora!—dije yo, fingiendo asombro.

—Todo lo más será memoria—replicó sonriendo.—He tenido muchas ocasiones en que ejercitar la mía en la *Marciana*, biblioteca de Venecia, de que mi padre cuidaba. Pero esas mujeres—continuó diciendo,—eran las «raras aves» de que hablan los latinos; las demás tenían que llamar al arte y á la química en su auxilio. Todos los médicos y los alquimistas de los siglos quince y diez y seis, Giovanni Marinello, Leonardo Fioraventi, pasan su vida inventando mixturas, ungüentos, polvos para convertir á las morenas en rubias. Escribieron libros titulados:

Resumen de secretos racionales, Caprichos medicinales, Ornamentos, Secretos notables del arte del perfumista. Cómo se vuelven los cabellos rubios á la Napolitana, Cómo á la Veneciana, los Beletti y el Ricetario. Cuandos los elixires no bastaban, se recurría á la peluca de *color suave*, como lo atestiguan muchos poetas, entre ellos

el señor de la Sablière en uno de sus madrigales.

—Tiene mucho interés, lo que me contáis—dije de buena fe.

Alentada con mis elogios, y deseosa de retardar el momento de las confidencias, la señora Vitel siguió diciendo:

—La cuestión de los cabellos ha tenido, en todos los tiempos y en todos los países, una importancia... capital. Ovidio dice: «Que sería más fácil contar las abejas del Hybla y las bellotas de añosa encina, que las diversas clases de peinados femeninos.» Ellas confiaban sus cabezas á los *cinerarii*, á los *ciniflones*, á los *calamistrae*. El ideal de la belleza era ser rubia con ojos negros. Nerón exigía de Popea, que era morena, que asistiese á los juegos del Circo con la cabeza cubierta con polvos de oro. Los nombres de los peinados son innumerables; la antigüedad, por medio de Plaute, nos cita: el de espiga de trigo, caléndula amarilla, de basilisco, de berrnellón, de melina transparente, de diamante y de cera. En Francia, encontramos: el Hurluberlu, á la Aldeana, á la Mongobert, de Bascule, la salida de la Reina, las Praderas, las Montañas, los Bosques y los Volcanes, el Tupé de genio y mil más, hasta el infinito, y siempre á cual mejores, «el

mañana se reirá del ayer» dicen Feuillet, des Conches, y Armando Baschet, en un libro dedicado á las rubias, muy estimado, como todos los que ellos han escrito.

Gracias al sol, que desde hacía un instante inundaba el tocador, estaban ya secos los cabellos de la señora Vitel. Victoria reunió en una trenza todos los bucles errantes, los colocó sobre la cabeza de su señora, los sujetó con horquillas, y, terminado tan ímprobo trabajo, tuvo la discreción de retirarse.

La erudición debía haber dicho su última palabra: me parece que la hora de las confidencias ha sonado.

XXIV

Como todas las personas que, después de rgas alvacilaciones, se deciden á empezar una conversación interesante para ellas, la señora Vitel abordó casi bruscamente la cuestión de que quería tratar conmigo.

—Señorita Carmen—me dijo de repente,—

¿es verdad que muchos bañistas han dejado el hotel desde ayer?

—Sí, señora—respondí.

—¿Sabéis las causas de esa marcha repentina?

—Las ignoro por completo.

Dirigióse entonces hacia mí, me puso familiarmente la mano en la espalda, y me dijo mirándome fijamente:

—Creía que erais más franca.

—Qué ¿no lo soy?

—En este momento, no. ¿Lo queréis ser?

—Si me lo mandáis, sí.

—Os lo ruego.

—Pues lo seré.

—Entonces repito mi pregunta: ¿Sabéis la causa de esa repentina marcha?

—Sí, señora.

—¿Me la queréis decir?

—Es difícil.

—Yo os ayudaré. Dejan el hotel por mi culpa.

—Así creo.

—¿Qué se me reprocha? ¿Lo sabéis?

—No sé nada de cierto. No formulan nada concreto.

—Así es—dijo dirigiéndose hacia la ventana,—no doy pretexto á la maledicencia, la ca-

lumnia tan sólo es la que se encarniza conmigo.

Como la señora Vitel no me veía, me permití una sonrisa, que felizmente había desaparecido de mis labios cuando se volvió hacia mí.

—Si no se dice nada concreto, se deja comprender algo. Fiel á vuestra promesa, ¿queréis repetir lo que hayáis oído?

—Se acusa al señor Vitel, señora, de haber hecho una fortuna muy rápida.

—De las más repentinas, lo reconozco; pero de las más sencillas: hemos comprado, gracias á una pequeña herencia, acciones de minas sin importancia entonces, y cuyo valor ha centuplicado después. ¿No hablan de esas minas?

—Ya lo creo que hablan de ellas mucho.

—¿Y no se cree en ellas?

—Muy poco.

—Y vos, señorita Carmen, ¿qué opinión tenéis acerca de eso?

—La vuestra, señora.

—Entonces, cuando habléis con extraños, daréis completa fe á esa historia de las minas.

—Absoluta, señora.

Me miró de reojo y me dijo:

—¿Por qué?

—Porque así os agrada á vos, y vos me agradáis á mí.

—¿Puedo contar con vos?

—Por completo.

—Está bien. No seré ingrata.

No contesté nada; interiormente estaba satisfecha, sin podérmelo explicar, de la especie de pacto que acababa de cerrarse entre la señora Vitel y yo.

—¿Creéis—me preguntó al cabo de un instante de silencio,—que habrá otras personas que dejen el hotel?

—Le temo, señora.

—¿Qué piensa vuestro padre de esa deserción?

—Está preocupado.

—Y en caso de que tomase proporciones serias, ¿pensaría sacrificarme á los demás huéspedes?

—Ha tenido el pensamiento de hacerlo.

—Pero vos trataréis de quitárselo de la cabeza.

—Todos mis esfuerzos se dirigirán á ello.

—¿Y esperáis conseguirlo?

—Sí.

Me puso entonces las dos manos sobre los hombros, é inclinándose hacia mí, porque su estatura dominaba la mía, me dijo:

—Es para mí de importancia no ceder el sitio en que estoy. Haré sacrificios considerables por permanecer en las Rocas Negras todo el tiempo de mi permanencia en Trouville, es decir, un mes, seis semanas ó dos meses, si vos lo deseáis.

—Entonces, dos meses, señora.

—Sea; me comprometo á estar dos meses. Ahora tendréis la bondad de decirme los nombres de las personas que quieren marcharse del hotel por estar nosotros en él.

—No tengo ningún motivo para callarlos. Son las señoras de Roizel y la marquesa de Tourves.

—¡Me lo figuré!—exclamó con cólera,—no es la primera vez que eso ocurre; no se cansan de ensafiarse conmigo. La envidia las devora; me odian á causa de mi belleza, de mi juventud, de mi fortuna.

—Ya quisiera yo—pensé en mi interior,—que me odiasen á mí por cualquiera de esas cosas.

La señora Vitel, agitada, temblorosa, se paseaba por su tocador.

—¡Ah!—decía, sin cuidarse de mí,—¡ya me han ofendido otras veces como hoy! Abusando de su posición en la sociedad, de sus relaciones, de su nombre, me hicieron echar una vez

del hotel de los Príncipes, en Niza. En París, la administración del Teatro Italiano me ha negado, á petición de la marquesa de Tourves, un palco próximo al suyo, por el cual daba doble de su valor. ¡Ah, señoras, no olvidaré esas humillaciones, y os lo juro, os han de costar caras!

Se dirigió con ligereza hacia mí y me dijo:

—¿Comprendéis el odio, según me habéis dicho?

—Perfectamente—respondí;—si no le comprendiese no sería hija de mi padre y de mi madre.

—¡Pues bien! si llegáis alguna vez á odiar á alguien, acudid á mí. Yo os enseñaré á vengaros.

—Tomo acta de vuestra promesa, señora—dije sonriéndome.

—Y no olvidaré la vuestra—contestó con voz más calmada;—me habéis hecho consentir en que daríais á vuestro padre infinidad de excelentes razones para no separaros de mí.

Me incliné en señal de asentimiento, y como la conversación me pareció haber terminado, me dirigí á la puerta.

—Haced el favor de decir al señor Lelievre—dijo la señora Vitel,—que daré mañana una gran comida á veinte amigos. Que él dis-

ponga el *menú*; le apruebo anticipadamente.

Saludé y salí para dar cuenta á mi padre lo más pronto posible de sus últimas y hábiles palabras, que debían unirle definitivamente á la señora Vitel, en caso de que desde la víspera hubiese cambiado de disposición de ánimo para con ella. Bien pronto pude convenirme de que ese último sacrificio hecho por mi nueva amiga, era inútil; la deserción en masa de que habíamos estado amenazados, no tendría ya lugar, bien porque nuestros huéspedes estuviesen animados de mejores sentimientos, ó porque no hubiesen encontrado ningún sitio vacante en los demás hoteles. Tan sólo la marquesa de Tourves y la señora de Roizel habían persistido en su proyecto y se habían marchado.

Después de haber entrado en mi escritorio, me acordé del sobre que la señora Vitel me había entregado; rompí el sello y al momento apareció ante mi vista una preciosa sortija con un brillante, rodeado de rubíes. Indudablemente había pagado mi conquista. Vacilé un instante en aceptar aquel regalo; acaso con él iba á quedar comprometido mi porvenir. El brillante esparcía mil resplandores, los rubíes parecían sonreírme; no tuve el valor de rechazar sus provocaciones. El sobre contenía

también las recetas prometidas. Las copié textualmente. Me servirán cualquier día, y me vuelvo loca hasta el punto de creer que pueden servir para hacerme más guapa.

Del modo di fare biondi i capelli. En español, «del modo de hacer rubios los cabellos;» traducido de *Leonardo Fioravanti*.

Se toma salitre, alumbre, vitriolo y azufre, cuatro onzas de aloe, una de azafrán y dos onzas de calabaza. Se mezcla y se machaca, se pone todo en una retorta bien tapada, se coloca sobre una hornilla hasta extraer toda sustancia perfectamente destilada; añádase á esa mixtura vino blanco dulce y miel común y báñense con ella los cabellos, y adquirirán un color rubio muy bonito.

Otro récipe del mismo autor:

«Adquiérase en casa de un tintorero la legía en que se cuece la seda; después de añadirla una onza de tártaro calcinado, se lavan los cabellos con ella y se dejan puestos al sol hasta que se sequen. Así se obtiene un color rubio pálido. Si se desea usar un matiz más vivo, se pueden poner á los vapores del azufre.»

«Si deseáis ponerlos rubias á la napolitana, lávense los cabellos con jabón, séquense al sol y frótense con la mixtura siguiente: en cinco

litros de legía fuerte, á la que se añadirán dos onzas de tártaro calcinado, una libra de hiedra y una libra de pasta de cebada, después de haber tenido cuidado de exponer al sol durante muchos días este agua en una visija de cristal, herméticamente cerrada.

Si no tuvieseis confianza en Fioravanti, médico, cirujano y alquimista á la vez, y que se hizo tan célebre por su libro *Lo Specchio de scienza universale*, oid á Giovanni Marinello cuando os dice: *Y capelli come biondi si facianno*. «Macháquense durante dos horas en agua muy caliente flores de altramuz con salitre, y frótense los cabellos con ese agua, y empaparlos bien en ella al peinaros.»

«O bien quémense en un vaso una libra de heces secas de vino blanco. Cuando esté pulverizado enteramente, mézclese con aceite de ballena y úntese con ese líquido los cabellos y secaros al sol.»

Estas eran las recetas usadas en Venecia, y no dejo de admirarlas, cuando dirijo la vista á los magníficos cabellos de Lucrecia Mosto de Vitel.

XXV

2 Agosto.

Las fachadas de las casas de Trouville se veían cubiertas desde hacia unos días de grandes carteles amarillos que servían para anunciar un concierto vocal é instrumental que se verificaría en los salones del Casino el día 3 de Agosto. Entre otros artistas, que me son desconocidos en su mayoría, á excepción de Seligmann, el violoncellista, se destaca un nombre en letras grandes sobre fondo blanco. Es el de Didier, clasificado en el cartel de primer tenor de la Opera Cómica. Capoul tendría derecho á reclamar contra aquella clasificación; pero Capoul no estaba en Trouville, y no podía saber lo que allí ocurría. ¿Quién es ese Didier? ¿De dónde ha salido? ¿De dónde viene? ¿Tiene talento? ¿Es joven? ¿No será alguno de esos artistas que hace ya mucho tiempo en París se hallaban retirados, y que resucitan en provincias? Mi pasión por los tenores, que he mani-